

CAPÍTULO IV



El curso bajo del Etsin Gol y las ruinas de Khara-Khoto

DURANTE el apogeo de la migración primaveral de las aves, la expedición se adentró en la cuenca del Etsin Gol y estableció un vivaque en el tramo de Tortso, en las inmediaciones de dos lagos de agua dulce, bordeados por altas lomas. Estos lagos atraían a los pájaros, aunque todavía estaban medio cubiertos de hielo azul, que se derretía vigorosamente, sobre todo con el sol de la tarde, cuando la ladera sur de la duna vecina se calentaba hasta 40 °C e incluso más. Entre el mismo Sogo Nor, cuyas aguas estaban abiertas sólo en la bahía sudoriental más próxima a nosotros, y nuestro campamento, había un vasto carrizal espeso. Este carrizal ocultaba una masa de lagos secundarios, en uno de los cuales, que estaba a tres kilómetros de nosotros y se extendía hasta dos kilómetros de circunferencia, concentramos nuestras cacerías y observaciones primaverales sobre la naturaleza local.

Cabe señalar que desde Tortso enviamos a nuestro intérprete al cuartel general de Torgut Beile para establecer comunicación con este príncipe, de quien dependía en gran medida el éxito de nuestro ulterior movimiento hacia Khara-Khoto. Mientras tanto, nos dedicábamos a observar la migración y la vida primaveral de las aves, que era igualmente animada tanto en Sogo Nor como en el lago oculto entre los juncos. Este último, con su vida rebosante, también nos levantó el ánimo. Siempre visitaba este lago con gran placer, despertaba en mí los mejores recuerdos de mi primer viaje acompañando al inolvidable Przewalski y me transportaba involuntariamente a orillas del Lop Nor. Al igual que en Lop Nor, aquí se podía pasear tranquilamente entre los juncos; en medio del mo-

nótono silencio se oía algún sonido, entre ruido y zumbido. Era el regocijo de los pájaros. A veces se escuchaban claramente, y por separado, los graznidos excitados de los patos. Revoloteaban por todas partes en el horizonte, mostrando toda la belleza de sus plumíferos: ahora oscuros, luego blanco-plateados, después grisáceos... De vez en cuando sonaban notas musicales eufónicas creadas por el vuelo del cisne e indescriptiblemente encantadoras para el oído. Aquí, por fin, desde lo alto de la colina se abría la superficie del agua. Las gaviotas reidoras (*Chroicocephalus ridibundus* [*Larus ridibundus*]) se arremolinaban en el aire como copos de nieve. Se veían patos, ánades buceadores, pollas de agua de color claro y cormoranes oscuros por todas partes. Las aves zancudas estaban completamente ausentes, sólo un avefría grazna en su vuelo tambaleante. Muchos gansos se tumbaban a descansar, otros permanecían de pie o caminaban despreocupados mientras se alimentaban. Los cisnes nadaban tranquilamente cerca de los gansos, buceando hábilmente en busca de comida como los patos. Se veía un sinfín de aves nadando por todas partes, hasta donde alcanzaba la vista, con la ayuda de binoculares.

Los disparos siempre provocaban una conmoción inimaginable. El ruido y los gritos se duplicaban, o incluso triplicaban; el aire se oscurecía y literalmente se llenaba de nubes de asustados pájaros que salían volando en todas direcciones. Cientos de otras aves afines se cernían sobre la pareja abatida durante largo rato. Pero a medida que el sol se inclinaba gradualmente hacia el horizonte, la agitación en el lago desaparecía. Sólo en los alrededores se oían los melodiosos crujidos del carricero común y el trino fino y plateado del herrerillo bigotudo (*Panurus biarmicus ruscus*). A lo lejos, los milanos se arremolinaban en el cielo, y un águila de cola blanca describía amplios círculos. Allí, sobre los pequeños juncos, el aguilucho pardo volaba suave y silencioso, como si patrullara. En algún lugar se oía el chillido sordo de una cigüeña, y de nuevo todo quedaba en silencio.

Lentamente, regresamos al vivaque, donde el fuego ya arde alegremente y los compañeros reunidos junto a la hoguera compartían animadamente las experiencias de sus excursiones del día de primavera.

Puedo asegurar que la parte sureste de Sogo Nor me recordó vívidamente la primavera que pasé con la expedición de Nikolái Przewalski en

las orillas de Lop Nor: con sus polinias* de color azul oscuro, altos juncos, lagos más pequeños escondidos detrás de estos, la abundancia de aves errantes volando en formación sobre el horizonte gris polvoriento y ensordeciendo los alrededores más cercanos con sus diversos graznidos. Tanto entonces como ahora, me impresionó la extraordinaria actividad que traía esta «feria» aviaria. Me sentí igualmente atraído por este «bazar» y me vi obligado a contemplarlo durante horas. No podía creer que estando tan cerca, a cien pasos de distancia, o incluso menos, bandadas de gansos, patos, cisnes, cormoranes, negrones, garzas, gaviotas y muchas otras, nadasen y se retozasen despreocupadamente, volando de un lugar a otro. Todas estas aves se preocupaban por el mismo fin: la reproducción. En plena noche, tumbado en la tienda de campaña, podía sentir la energía creciente de los pájaros: ya fuera con el ruido agudo de los patos que sobrevolaban rápidamente el vivaque, o cuando desde las alturas del cielo las voces de gansos, grullas y los sonidos musicales de un cisne fluían armoniosamente en medio del silencio nocturno.

Según los testimonios fiables de los comerciantes locales y, basándonos en nuestras propias suposiciones, el comienzo de la migración primaveral puede considerarse el último tercio de febrero; el momento en que llegamos al curso inferior del Etsin Gol fue el de la migración más abundante, sobre todo en relación con las aves acuáticas antes mencionadas...

El 12 de marzo, es decir, el primer día de observaciones del vuelo de las aves en la cuenca de Etsin Gol, vimos gansos grises (*Anser anser*), que se desplazaban hacia el norte en enormes bandadas, aunque también descansaban en gran número en los lagos locales. También había gaviotas reidoras (*Larus ridibundus*) presentes en un número igualmente grande; los cisnes (*Cygnus cygnus*), los tarros canelos (*Casarca ferruginea*), los patos haveldas (*Clangula clangula*) y los porrones moñudos (*Fuligula*) eran mucho menos frecuentes. El ánade real y el ánade rabudo (*Anas platyrhyncha et Anas acuta*) figuraban entre las aves migratorias más abundantes. El mismo día, las avefrías (*Vaneilus vanellus*) fueron vistas a menudo, mientras que los alcaudones pardos (*Lanius cristatus*) se posaban con bastante firmeza en las cimas de los montículos o arbustos, y las co-

* Espacio abierto de agua rodeado de hielo marino. (N. del E.)

llalbas (*Oenanthe pleschanca*) se desplazaban de cañaveral en cañaveral o cimas de arbustos cerca del campamento de la expedición.

El 13 de marzo, gansos y patos siguieron haciendo acto de presencia, y entre los recién llegados se encontraban la garza real (*Ardea cinerea*), el águila marina de cola blanca o pigargo (*Haliaeetus albicilla*), el milano de orejas negras (*Milvus migrans lineatus*) y la collalba isabel (*Oenanthe isabellina*).

En la noche del 13 al 14 de marzo, gansos, patos, cisnes, grullas y probablemente otras aves volaron de sur a norte, haciendo su lejana migración, mientras se delataban con sus chillidos. La tarde del 14 de marzo, una lavandera blanca (*Motacilla alba baicalensis*) llegó a nuestro campamento en vuelo ondulante, y tras un corto período de tiempo se volvieron numerosas: las aves llegaban en parejas o en procesiones enteras. Cada nuevo ejemplar atraía nuestra atención. Por la tarde apareció una serreta chica (*Mergus albellus*) en un lago vecino.

El 15 de marzo, entre ánades reales y rabudos, destacaba el bello tarro blanco (*Tadorna tadorna*), así como patos cuchara (*Spatula clypeata*), patos de pico rojo (*Fuligula rufina*) y cormoranes (*Phalacrocorax carbo*). El mismo día, las garzas reales señaladas anteriormente, fueron ocasionalmente atraídas hacia el norte.

En la mañana del 16 de marzo, la focha común (*Fulica atra*), el somorrujo lavanco (*Podiceps cristatus*) y algunas otras aves nadaron en el lago. La única recién llegada fue una collalba desértica (*Oenanthe deserti atrogulatrís*), que añadió un poco de emoción a nuestro campamento.

Al día siguiente, el 17 de marzo, la expedición partió de Etsin Gol, en dirección hacia la aldea de Toroi Ontse (Bayan Toroi Nongchang). Allí se regocijaban en el cielo los busardos mongoles (*Buteo hemilasius*), sacudiendo el aire con un chillido sonoro.

El 18 de marzo, por primera vez, se reveló con un silbido característico el zarapito real (*Numenius arquatus*), que al día siguiente se acurrucó en las riberas del río y en la pradera adyacente a la orilla. No muy lejos, una pareja de cigüeñas negras (*Ciconia nigra*) caminaba con porte regio.

El 20 de marzo, hasta una docena de milanos de orejas negras volaron en círculos sobre el campamento de la expedición, en busca de desperdicios de comida, y en un momento dado se apoderaron de ellos

con una rápida caída en picado. Un día después, el 22 de marzo, se oyó el graznido característico del avetoro común (*Botaurus stellaris*).

El 24 de marzo*, un cisne (*Cygnus cygnus*) barrió el valle con su vuelo, entonando una maravillosa melodía en el aire tranquilo.

Estas son, a grandes rasgos, nuestras modestas observaciones de la migración parcial de las aves en primavera y del despertar de la vida animal en el curso bajo del Etsin Gol.

El lago Sogo Nor tiene una circunferencia de hasta cincuenta kilómetros. Su orilla sudoriental, la más conocida, es baja; el suelo, húmedo y pantanoso en la orilla, se va secando a medida que uno se aleja de la orilla del lago; hay depósitos de arcilla y limo, sustituidos gradualmente por dunas de arena.

Sogo Nor se encuentra en la cuenca más profunda del desierto de Gobi central, a 838 metros sobre el nivel del mar. El color de su superficie acuática es extremadamente variable, dependiendo de la luz y de la distancia a la que se encuentre el observador. En general, los tonos predominantes son dos: el verdoso, que se observa de cerca, y el azul oscuro, de lejos. El agua sabe ligeramente salada y es bastante potable cuando se necesita. Sólo hay una especie de pez en el lago: la carpa dorada (*Carassius auratus*), a juzgar al menos por nuestras observaciones y muestras de fauna ictiológica†.

Resulta bastante curioso que hasta ahora no se haya observado en absoluto la carpa dorada en la cuenca interior de Asia central y que ningún viajero la haya capturado.

Según la información recibida localmente de los comerciantes de lugar, la gran zona costera del Sogo Nor en el sureste‡, ahora ocupada en su totalidad por altos juncos, era, hace cuatro años, una bahía sudorien-

* También se vieron por primera vez jóvenes juncos verdes, apenas asomando del suelo húmedo; el 25 de marzo una urraca (*Picus pica bactriana*) renovó su nido; el 28 de marzo empezaron a aparecer con más frecuencia moscas, escarabajos y lagartijas; el césped estaba verde, la temperatura del agua en el río a la una de la tarde alcanzaba los 11,3 °C; al mismo tiempo, en la vertiente sur de la duna de arena, la superficie se calentaba hasta alcanzar los 54,4 °C. El 30 de marzo, una serpiente gris, larga y delgada salió de su madriguera para tomar el sol.

† El profesor L. S. Berg tuvo la amabilidad de identificar los peces traídos por la expedición.

‡ La orilla noroeste de Sogo Nor es elevada, compuesta de colinas de pórfido, en una de las cuales, la más alta, se encuentra un gran obo.

tal cubierta del lago, o mejor dicho, su continuación hacia el interior del continente. En aquella época, el brazo oriental del Etsin Gol, conocido como Morin Gol, era comparativamente más rico en agua; ahora el excedente de agua en lugar de este brazo se dirige a través de otro ramal del Morin Gol desembocando en el lago salado Gashun Nor (Gaxun Nur). Cabe señalar que los lechos de los ríos desérticos de Asia central, en general, son bastante inestables, por lo que cambian de posición con bastante frecuencia.

Aquí, al igual que en la cuenca inferior del río Tarim, gruesos sedimentos fluviales cubren un área considerable. Hay pruebas indudables no sólo del trasvase de agua entre los diversos brazos, sino también de movimientos de las partes bajas de los canales causados por la acumulación de sedimentos fluviales en algunos canales y el aumento de la erosión en otros. Estos finos sedimentos, de tipo areno-arcilloso, amontonados por los ríos durante el movimiento de sus aguas o durante el movimiento de sus canales, proporcionan un rico material para las formaciones eólicas.

La presencia de estas propiedades de los ríos del desierto, tanto en el sistema del Etsin Gol como en el del Tarim, acerca aún más el carácter de estas cuencas y crea una similitud casi indistinguible. Asimismo, en ambos ríos se pueden encontrar casi los mismos representantes de flora y fauna. Además, en los dos casos, el aire es extremadamente seco y está perpetuamente lleno del más fino *loess* o de *loess* salino, lo que da la sensación de que los horizontes sean tan cortos y la luz del día tan pálida.

Los cuatro días de estancia en el lago Sogo Nor, con su jubilosa naturaleza primaveral, pasaron imperceptiblemente.

El cosaco Badmazhapov, que había sido enviado a Torgut Beile, regresó con resultados positivos: el príncipe mongol, que al principio había adoptado una actitud muy altiva, pronto cambió de estrategia. Ordenó a su guía principal que llevara a la expedición a las cercanías de su campamento, conocido como «Dashi Obo», en la orilla oeste del Morin Gol, y prometió plena asistencia y cooperación para ayudar a la expedición a cruzar el desierto de Alashán y arribar a las ruinas de Khara-Khoto.

Teníamos que darnos prisa en nuestra actuación. El 16 de marzo fui por última vez a echar un vistazo al lago más cercano a nuestro vivaque, que ya estaba completamente libre de hielo. El agua había subido de ni-

vel considerablemente; fochas, ánades reales y patos se deslizaban sonoramente por su tranquila superficie azul bajo los rayos del sol matinal; mientras un solitario somormujo nadaba despreocupadamente en medio del lago.

Como el Morin Gol podía interferir en nuestros movimientos con su desbordamiento, dejamos su valle por un rato y nos dirigimos cerca de una franja de altas dunas de arena y seguimos hasta el camino de Toroi Ontse, a lo largo del ramal seco del río, que presentaba huellas de una presencia anterior de una cantidad considerable de agua. También observamos los restos de antiguas presas y molinos.

Las dunas de arena tenían una altura de hasta treinta metros y se encontraban en las proximidades la cuenca del río, predominantemente con una dirección sur. Algunas de las dunas se erguían aisladas, otras, con forma de serpiente, se caracterizaban por las formas más extrañas, entre las que destacaban conos con pendientes equiláteras, que indicaban la periodicidad constante de los vientos dominantes del oeste y del este. Durante nuestro desplazamiento se levantó un fuerte viento del este-sureste, que revitalizó las arenas: algunas cimas de las colinas de arena empezaron a humear como si fueran volcanes. La arena se dispersaba hacia arriba y volvía a caer en columna. El viento arrastraba la arena desde el lado escarpado de la duna hasta el llano y la llevaba más allá hasta la llanura. Pronto el viento se convirtió en tormenta. Los alrededores se cubrieron de un polvo espeso que oscurecía el aire y reducía el horizonte a medio kilómetro. Largas rayas arenosas se extendían por la llanura, recordándonos a nuestras tormentas de nieve en Rusia. De vez en cuando, las ráfagas contrarias de la tormenta arreciaban en espiral, la arena cegaba los ojos, haciendo imposible dar un paso; no sólo la arena fina, sino también los grandes guijarros de arena volaban alto en el aire y azotaban la cara de los que iban sentados en camellos. La arena se desprendía en masa de las crestas de las dunas al borde de la carretera y modificaba así sus contornos.

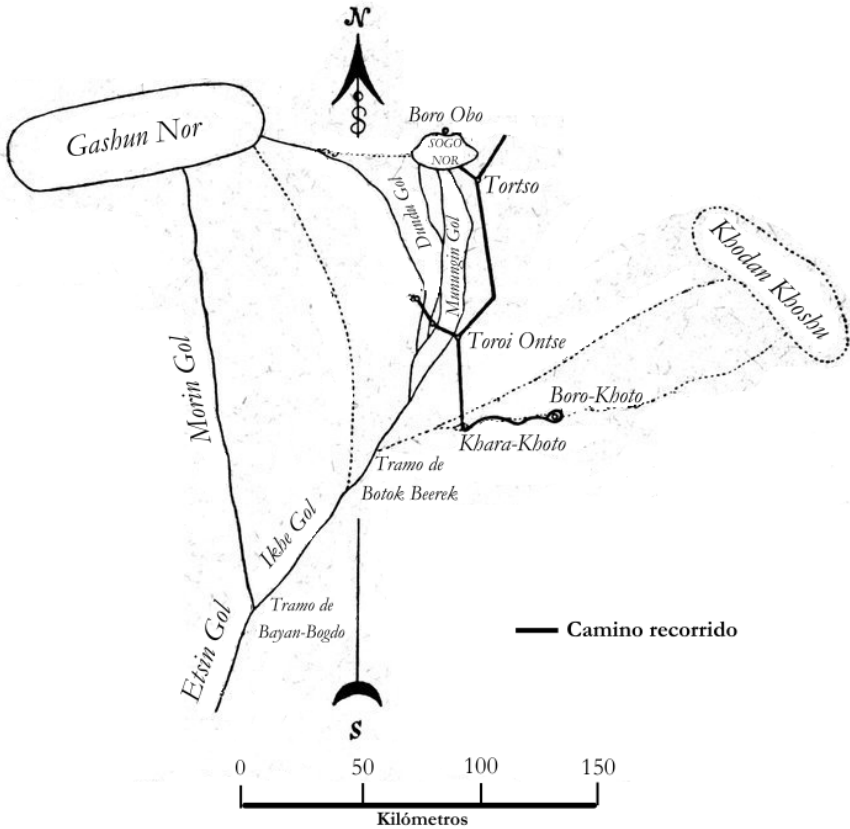
Tras haber perdido la orientación entre la niebla polvorienta, nuestro guía se extravió un poco, pero con esfuerzos conjuntos conseguimos llegar rápidamente al pozo de Omuk Tala, pasando por el camino las ruinas de la torre conocida como Attsa Tsonji, construida con ladrillos de adobe y cañas, y que probablemente sirvió en tiempos de Khara-Khoto

como una especie de baliza. Al día siguiente, el 17 de marzo, llegamos a la zona de Toroi Ontse, que había sido señalada para nuestro campamento por el propio príncipe de Torgut Beile.

Originándose en los campos nevados del majestuoso Nanshan, el río Etsin Gol se precipita hacia el norte, luchando contra el aire caliente del desierto durante casi quinientos kilómetros antes de perecer finalmente, rompiéndose en numerosos brazos, cuyas aguas se recogen en dos cuencas: la oriental, más pequeña, caudalosa y casi fresca, que desagua en el Sogo Nor; y la occidental, tres o cuatro veces mayor que la del Sogo Nor, cerrada por el lago salado de Gashun Nor. Los principales brazos del Etsin Gol son: el Morin Gol, de aguas altas, que desemboca en el Gashun Nor, y el Ikhe Gol, más bien pobre en agua, que a su vez se divide en varios brazos más, el más oriental de los cuales es el Munungin Gol, que desemboca en el Sogo Nor. Esta distribución del agua en el curso inferior del Etsin Gol no parece tener un carácter permanente. De los datos proporcionados por V. A. Obruchev y A. N. Kaznakov, se desprende que a principios del siglo xx, por el contrario, el Ikhe Gol, o «Gran Río», justificaba su nombre: tenía mucha más agua que el Morin Gol. Según los datos comparativos de los viajeros y los testimonios de los nativos, podemos concluir que durante un cierto período histórico el movimiento de las arterias fluviales del bajo Etsin Gol fue de este a oeste.

La zona de Toroi Ontse, donde íbamos a vivir algún tiempo, estaba situada en la orilla derecha, la más alta, del Munungin Gol. Este río, que cambiaba constantemente de nivel, alcanzaba ese día entre veinticinco y treinta metros de ancho, y casi un metro de profundidad. Sus aguas turbias fluían con suavidad, aunque con bastante rapidez, y sobre ellas se deslizaban pequeños témpanos de hielo vidrioso de vez en cuando. Las tranquilas y monótonas orillas reflejaban poco del humor primaveral de la naturaleza; sin embargo, los juncos empezaban a reverdecer a ambos lados de las orillas, y en algunos lugares de los bancos podíamos ver a los pájaros migratorios: como una bandada de grandes zarapitos o un par de cigüeñas negras. En un paisaje tranquilo y claro, después de sufrir las molestas tormentas de poniente y levante, observamos una pareja de elegantes faisanes (*Phasianus colchicus satscheuensis*) que se alojaba cerca del vivaque. De vez en cuando, gansos, cisnes, gaviotas chillonas pasaban volando junto a nosotros a lo largo de la corriente del río, y los milanos

daban vueltas casi constantemente sobre el campamento, emitiendo sus silbidos armónicos y abalanzándose sobre los trozos de carne que los cosacos colgaban para secar. No obstante, nuestros cazadores los ejecutaron por semejante insolencia. Por las tardes podíamos escuchar la agradable melodía de un pájaro cantor local, el pequeño timalí del Tarim (*Rhopophilus albosuperciliaris*).



Entre las aves sedentarias, en general, observamos en el curso bajo del Etsin Gol, además de las ya mencionadas, el herrero bigotudo (*Panurus biarmicus ruscicus*), el escribano palustre (*Emberiza pyrrhuloides*), la urraca (*Pica pica*), la corneja negra (*Corvus corone*), la grajilla (*Coloeus neglectus*), el arrendajo mongol (*Podoces hendersoni*), el cuervo grande (*Corvus corax*), el gorrión del saxaúl (*Passer ammodendri stoliczkae*) y la cogujada común (*Galerida cristata leaudungensis*). Entre las aves invernantes se hallaban: ratoneros, aguiluchos, alcaudones (*Lanius*), colirrojos siberianos (*Phoenicurus erythrogastra*) y algunos otros. En cuanto a los

mamíferos, el valle de Etsin Gol se caracterizaba por: el antílope *khara sulta* (o gacela persa), lobos, zorros, gatos monteses, linceos —que los nativos diferenciaban por las tonalidades del pelaje: rojizo, grisáceo y oscuro— liebre, jerbos y otros roedores más pequeños.

No había muchos habitantes cerca de nuestro campamento, como tampoco los había en el curso medio y bajo del valle del Etsin Gol: sólo de ciento treinta a ciento cincuenta yurtas o familias. Los *torgut* mongoles llegaron aquí desde el valle de Kobuk, en Zungaria, hace unos cuatrocientos cincuenta años, cuando las riberas aún vírgenes del Etsin Gol estaban cubiertas de matorrales infranqueables de bosque, que los *torgut* quemaron durante los tres primeros años para crear zonas libres de pastos. Hasta el día de hoy, los *torgut* siguen manteniendo lazos familiares y amistosos con sus parientes de Kobuk y aprovechan cualquier ocasión para visitarse de paso. A menudo, un *torgut* viajero deja a sus cansados animales para que se alimenten con el forraje de sus hospitalarios amigos hasta su viaje de regreso, y a cambio recibe camellos y caballos frescos durante un tiempo.

El *khoshun* estaba gobernado por un príncipe de un clan de tercer grado, *Torgut Beile*, que tenía su cuartel general en el sistema del brazo occidental del río *Morin Gol*, a unos diez kilómetros de nuestro campamento. El ayudante y consejero más cercano al gobernador era el anciano *Tsange Tsyden Dagvo*, casado con una joven de veintiséis años, hija del príncipe, y que se encargaba por sí mismo de casi toda la sencilla administración de *Torgut Beile*. Dos o tres pequeños funcionarios componían la oficina de administración.

Conocido como «*Dashi*», el jefe era en ese momento el décimo administrador desde el reasentamiento de los *torgut*. No heredó el puesto de su padre, sino de su hermano mayor, quien, según se contaba, murió repentinamente, no sin el pecado de su hermano menor, un hombre ambicioso, tacaño y cruel, que se convirtió así en el jefe del *khoshun*.

Badmazhapov fue enviado de nuevo a *Torgut Beile* inmediatamente después de nuestra llegada a la aldea de *Toroi Ontse*. El príncipe recibió muy amablemente mi *khadak* y nos cedió una yurta, una tienda de campaña y asistentes para uso temporal, prometiendo facilitarnos en lo posible el camino a *Khara-Khoto* y más adelante a *Alasha Yamen*. Mi alegría no tenía fin. Francamente, nunca dejé de interesarme por *Khara-*

Khoto, desde que supe de estas ruinas por el mejor libro de mi compatriota y difunto viajero G. N. Potanin. Este escribió: «De los monumentos pertenecientes a la antigüedad, los torgut mencionan las ruinas de la ciudad de Erge Khara Buryuk, que se encuentra a un día de camino al este del Kundelen Gol, es decir, desde el brazo oriental de Etsin; aquí, dicen, se puede ver un pequeño *karim*, es decir, las murallas de una pequeña ciudad, pero hay muchos vestigios de casas alrededor, que están cubiertas de arena. Al escarbar en la arena, se pueden encontrar objetos de plata. Hay grandes dunas en los alrededores del *karim*, y no hay agua cerca». Durante mi viaje a Mongolia en 1900, mi compañero Kaznakov, explorando, entre otras cosas, el curso inferior del Etsin Gol y sus lagos, intentó, mediante indagaciones, obtener datos adicionales sobre Khara-Khoto en vano: los nativos negaron unánimemente la existencia de ruinas en las cercanías, señalando: «vosotros los rusos queréis saber más que nosotros incluso sobre nuestros propios lugares». Antes de mi expedición a Mongolia, siguiendo las pistas de Grigori Potanin, Obruchev me acompañó por el valle de Etsin Gol, con quien mantuve una conversación sobre la mencionada nota de Potanin acerca de Khara-Khoto poco antes de mi partida para el viaje a la provincia china de Sichuan. Los torgut ocultaron a Obruchev la existencia de Khara-Khoto y la posibilidad de penetrar en Alashán por el camino más corto, obligándole a dar un rodeo enorme para atravesar las posesiones del príncipe de Alasha, Tsing Wang*, por el nordeste, y no por el noroeste, como deseaba nuestro talentoso geólogo.

Durante el presente viaje, desde nuestra partida de Baldyn, no dejé de preguntar sistemáticamente a los lugareños del camino sobre la ciudad muerta, y casi siempre recibí información positiva, más o menos concordante, y sin muchas contradicciones. Los propios nativos mostraban muy poco interés por las silenciosas ruinas y no buscaban objetos arqueológicos en absoluto; ni siquiera mi oferta de una elevada recompensa por cada objeto recuperado en Khara-Khoto pudo inducir a los nativos a iniciar excavaciones, y me di cuenta de que muchos tenían aparentemente miedo de acercarse siquiera a las ruinas y consideraban el lugar inseguro.

* Tsing Wang, aunque usado por Kozlov como nombre del príncipe, se trata en realidad de un título nobiliario de origen manchú: *Qinwang*. (N. del E.)



TORGUT BEILE CON SUS HIJOS

Por lo tanto, los pensamientos sobre Khara-Khoto ocupaban toda nuestra atención e imaginación. ¡Cuánto pensamos y sentimos sobre esta ciudad, en San Petersburgo, en Moscú y finalmente en Mongolia! ¡Cuánto soñamos con Khara-Khoto y sus misteriosas profundidades! Ahora, por fin, no estábamos lejos de nuestro objetivo y en cualquier momento podríamos emprender un viaje fácil hasta allí.



DOS SUBGURGAN EN EL CAMINO A KHARA-KHOTO, EN UNA COLINA A LA DERECHA CERCA DE LA CARRETERA

El 19 de marzo fuimos por primera vez a Khara-Khoto, relativamente ligeros de equipo, llevando con nosotros sólo una provisión de agua, algo de comida y herramientas para el trabajo, y permanecimos allí alrededor de una semana. Además de Chernov y Napalkov, viajaron conmigo otros dos compañeros: el veterano Ivanov y Madayev. Los demás miembros de la expedición permanecieron en Toroi Ontse con la caravana. Nuestra pequeña expedición iba acompañada por un excelente guía: Bata, que había estado muchas veces en la ciudad muerta y había oído muchas historias sobre ella a su padre y a otros viejos nativos. Nos condujo por un corto camino en dirección sureste; Khara-Khoto estaba a veinte kilómetros de nuestro campamento. Pronto el desierto se extendió más allá de

la franja de vegetación de Munungin Gol. Este era en parte llano, con zonas expuestas y fulgentes, y en parte atravesado por colinas más o menos altas cubiertas de tamarisco y saxaúl. A mitad de camino empezamos a ver vestigios de agricultura o cultura sedentaria: piedras de molino, señales de acequias, fragmentos de cerámica, platos de porcelana, etcétera.



RUINAS DE LA CIUDAD DE KHARA-KHOTO (VISTA DESDE EL NOROESTE)

Pero lo que más nos interesaba eran los edificios de adobe, sobre todo en el extrarradio, situados como uno, dos, o hasta cinco a la vez, a lo largo de la carretera hacia Khara-Khoto, este monumento del pasado, cubierto de arena del desierto. A medida que nos acercábamos a nuestro ansiado objetivo, aumentaba nuestra emoción. Después de tres kilómetros, cruzamos un antiguo lecho seco con troncos de árboles deshidratados, tendidos a lo largo, afilados por la arena y el viento, a menudo cubiertos de la misma arena, tal como había observado en los alrededores de Lop Nor, al cruzar el antiguo lecho muerto del Konche-Darya en 1895. En una elevación de la orilla del río, se alzaban las ruinas de la ciudadela de Aktan-Khoto, que, según la leyenda, albergó en otro tiempo un destacamento de caballería: los guardianes de Khara-Khoto. A los lados del cauce desecado había valles cultivados por una población agrícola.

Finalmente, apareció la ciudad de Khara-Khoto propiamente dicha, ubicada en una terraza baja de areniscas duras y grano grueso; sobre la esquina noroeste de la fortaleza se alzaba el *suburgan* principal en forma de aguja, entre varios más pequeños y adyacentes, dispuestos también en un muro y junto a la muralla exterior de la fortaleza. A medida que nos acercábamos a la ciudad, comenzaron a aparecer más fragmentos de cerámica. La vista de la ciudad estaba oscurecida por altas colinas de arena; pero cuando llegamos a la terraza, Khara-Khoto se mostró en todo su esplendor.

El observador que se aproxime desde el lado oeste de Khara-Khoto se topará con un pequeño edificio con una amplia cúpula, situado a cierta distancia de la esquina suroeste de la fortaleza, y que se asemeja a bastante a una mezquita. Tras unos minutos más de caminata, se entraba en el interior de la ciudad muerta por su puerta occidental, dispuesta en diagonal respecto a la puerta de la muralla oriental de la ciudad. Aquí nos encontramos con una zona cuadrada —el lado de la plaza mide trescientos metros de longitud— repleta de ruinas de edificios altos y bajos, anchos y estrechos, que se alzaban sobre una masa de todo tipo de escombros, incluida una colina con fragmentos de cerámica. Los *suburgan* se erguían aquí y allá; las bases de los templos, hechas de pesados ladrillos cocidos, se destacaban no menos nítidamente. Involuntariamente, nos imbuimos de un interés, que se vería recompensado por nuestra felicidad y trabajo en la observación y excavación de todo lo que ahora nos rodeaba.

Nuestro campamento estaba situado en medio de la fortaleza, cerca de las ruinas de un gran edificio de adobe de dos plantas, al que se unía, en el lado sur, un templo que también había sido destruido hasta los cimientos. No había transcurrido ni una hora desde la llegada de la expedición, cuando el interior de la fortaleza muerta cobró vida: en un lado se cavaba, en otro se medía y hacían planos, y en otros simplemente se husmeaba en la superficie de las ruinas. Un pájaro del desierto, el arrendajo mongol (*Podoces hendersoni*), llegó al vivaque y, posado en una rama de saxaúl, chasqueó con fuerza; la cantora del desierto, la tarabilla, le respondió suavemente, y en alguna parte sonó la voz de un jerbo. Aquí, en estas ruinas muertas, a pesar de la falta de agua, no hay ausencia absoluta de vida. Debido a la misma falta de agua, tuvimos que traer

todos nuestros recipientes llenos de agua, y había que ahorrar este preciado líquido potable para poder permanecer en las ruinas el mayor tiempo posible. El tiempo transcurría rápido, mientras estábamos inmersos en todo tipo de actividades interesantes. El día medio nublado, gris y normalmente ventoso, pronto fue sustituido por una noche tranquila y despejada, que infundió un aspecto sombrío a las ruinas. Cansados, también nosotros nos dormimos pronto; algunos de nosotros, sin embargo, todavía nos entretuvimos por la noche con el desagradable ululato de un búho, que chillaba ominosamente desde lo alto del *suburgan* principal.



RUINAS DE LA CIUDAD DE KHARA-KHOTO (VISTA DESDE EL OESTE-SUROESTE), OBSÉRVESE LA MEZQUITA A LA DERECHA

La altitud absoluta de Khara-Khoto se determinó en 870 metros, con coordenadas geográficas $41^{\circ} 45' 40''$ de latitud y $101^{\circ} 5' 14,85''$ de longitud.

La altura de los muros de tierra de la fortaleza de Khara-Khoto era de seis a ocho metros, con un grosor de cuatro a seis metros en la base y de dos a tres en la parte superior. En algunos de ellos se apreciaban restos de troneras para el disparo de ballestas. Durante las excavaciones también se encontraron restos de parches o reparaciones en los muros. En el muro norte había una abertura en la muralla, que se ajustaba más o menos a la altura y ancho de un soldado de caballería.

Los cimientos de los altares solían estar firme y bellamente contruidos con ladrillos cocidos, cuadrados o rectangulares. En la medición hecha durante la excavación hubo ejemplos como: ladrillos de siete kilogramos de peso y rectangulares, o de catorce kilogramos y medio y

forma cuadrada (de este último no recogimos muestras). Las paredes de los altares estaban hechas de ladrillos de adobe, más ligeros en peso y resistencia, y más pequeños en tamaño, colocados vertical u horizontalmente. Los tejados estaban contruidos con tejas convexas de adornos chinos moldeados en la base y los bordes. Las *fanzas* chinas enriquecieron los hallazgos de la expedición con fragmentos de porcelana — con los que más tarde el Departamento Etnográfico del Museo Ruso reconstruyó hábilmente tazas y jarrones—, diversos objetos domésticos y de comercio. Finalmente, se encontraron con mayor frecuencia monedas de cobre (*qian*), papel moneda y, ocasionalmente, objetos de tipo religioso.



RUINAS DE KHARA-KHOTO. LA MEZQUITA ESTÁ FUERA DE LA CIUDAD, CERCA DE LA ESQUINA SUROESTE DE LAS MURALLAS

Algunas de las ruinas, como la número uno —véase el plano de la página 112— o las centradas en la esquina sureste de la fortaleza, donde probablemente se encontraba la guarnición, estaban, al igual que las demás, a gran altura sobre el suelo. El propio jefe de la guarnición se habría situado, hay que suponer, en las murallas de la esquina, en las afueras del noroeste. A juzgar por la época, esta sala probablemente se distin-

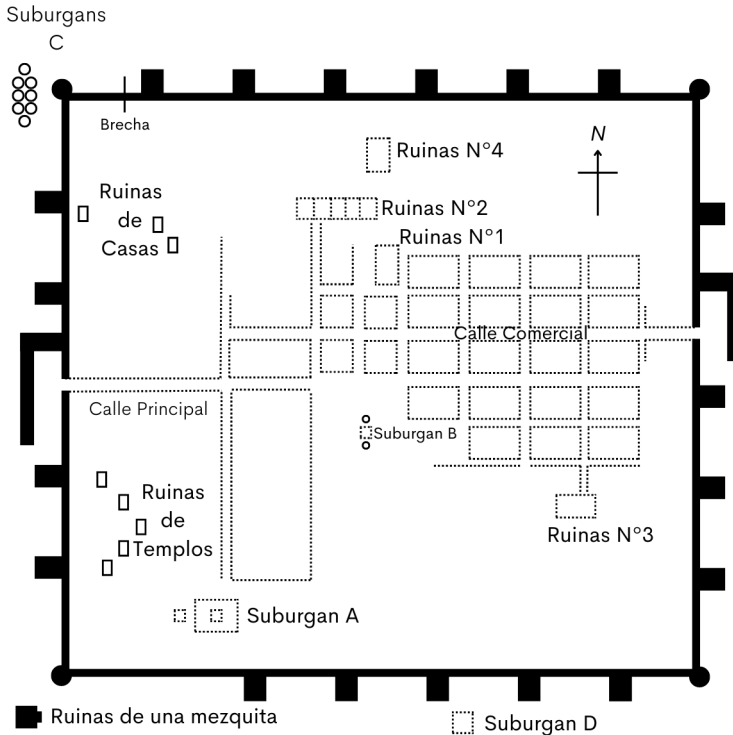
guiera antaño por su tamaño y técnica, y en este sentido se parecía bastante a la habitación de los ídolos. Aquí, en la esquina noroeste de la fortaleza, estaba probablemente el lugar más conveniente para que viviera el gobernante de Khara-Khoto; desde aquí había una entrada escalonada a la parte superior de la muralla, a los *suburgan*, desde la que se abría un amplio horizonte a los alrededores.

Todas nuestras investigaciones y excavaciones en Khara-Khoto se llevaron a cabo con especial cuidado y amor. Cada nuevo objeto encontrado en las entrañas de la tierra o en su superficie causaba una alegría general. Nunca olvidaré el sentimiento de admiración que llenó mi alma cuando, tras varios golpes y palazos, encontré en las ruinas número uno, una imagen budista pintada sobre lienzo de pequeñas dimensiones.

Según el orientalista Sergey Oldenburg, dicha imagen «representa a un monje budista, al parecer uno de los maestros indios, ya que cronológicamente se excluyen los maestros tibetanos, de los que sólo podrían tenerse en cuenta los antiguos como Milarepa o su maestro Marpa Lotsawa. Por supuesto, también podría tratarse de un maestro local. En la presente imagen llama la atención, en primer lugar, que en una serie de detalles recuerda extremadamente a las miniaturas budistas bengalíes, de las que ya existen excelentes ejemplos en los siglos XI-XII. La misma redondez de las formas, el tratamiento de los halos, los puntos de color dispersos en el fondo».

Además de este icono, en las ruinas número uno se encontraron también pesadas y toscas tazas de metal, y trozos de manuscritos de escritura tipo Xi Xia (tangut). Sin lugar a dudas, lo que nos pareció más interesante fueron los manuscritos. En este sentido, el hallazgo más rico y valioso se hizo en el «*suburgan A*» —véase el plano—, donde se encontraron tres libros y hasta treinta cuadernos en la escritura original Xi Xia. El mejor objeto en estado de conservación, dados sus vivos colores, fue la imagen típica del lienzo *La aparición de Amitabha*, de la que es reproducida aquí la imagen. Durante excavaciones posteriores realizadas en profundidad, encontramos pequeñas figuras con forma de cráneo, una gran máscara, de considerable belleza, ligeramente sonriente, y varias otras cabezas y máscaras. La máscara representaba la cabeza de un buda, dorada, de cabellos color azul oscuro. Los ojos estaban algo entrecerrados, lo que indicaba una técnica no india, aunque, por lo demás, se

ceña estrictamente al «canon» budista. Además, se encontraron tablas de madera con la imagen de Buda y una pequeña estatuilla de Buda hecha en piedra de manufactura china.



PLANO. RUINAS DE LA CIUDAD DE KHARA-KHOTO

El «*suburgan B*» nos proporcionó varios ejemplares de ojos vítreos que se habían desprendido de estatuas de arcilla, probablemente destruidas por la inclemencia del tiempo. También se halló aquí un ojo de cristal de roca o topacio, bellamente pulido, así como grandes *tsatsas** no encontrados en ninguna otra parte.

Los *suburgan* de la fortaleza cercanos a la casa de Khara Jian Jun estaban llenos de *tsatsas* en sus bases, al igual que la mayoría de los *suburgan* situados en grupos cerca de la esquina noroeste de la fortaleza.

Las ruinas número tres, según los *torgut*, estuvieron habitadas por musulmanes, cuya mezquita se encontraba fuera de los muros de la for-

* La palabra mongola «*tsatsa*» sirve para denominar imágenes de deidades pequeñas talladas en arcilla.

taleza, cerca de la esquina suroeste. Aquí se hallaron restos de manuscritos persas. Según la conclusión del académico Sergey Oldenburg: «Uno de ellos es especialmente curioso, un fragmento de la famosa colección de relatos *Los siete sabios*, el llamado *Sindibad-nameh*».

En excavaciones posteriores, también se encontraron en este lugar manuscritos musulmanes y encuadernaciones artísticas. Los bordes de estas últimas muestran numerosas analogías con los ornamentos de Dunhuang, de finales de las dinastías Tang y Sung. Los hilvanados interiores apuntan a numerosas analogías, tanto chinas como indias. Las dos franjas son de carácter musulmán y más típicamente persas. Sergey Oldenburg señala que «tenemos, con toda probabilidad, una obra del siglo XIII».

La superficie interior de la plaza de Khara-Khoto, en general, está sobre todo llena de fragmentos de cerámica de múltiples tamaños, calidades y formas. En especial, la pieza de cerámica de enorme tamaño con dibujos originales, que servía, probablemente, para almacenar bebidas, y tal vez la más necesaria: el agua. Sobre el suelo hallamos monedas de cobre, abalorios, trozos de nefritas y todo tipo de bagatelas, en definitiva, todo lo que ahora se conserva de los hallazgos en Khara-Khoto en el Departamento Etnográfico del Museo Ruso.

Las arenas cubrían Khara-Khoto principalmente por el norte. En las murallas septentrional y oriental, tanto dentro como fuera de la fortaleza, los montones de arena alcanzaban las mayores dimensiones. Baste decir que no sólo las personas, sino incluso los camellos, podían escalar libremente la esquina noreste y la parte superior de la muralla occidental, y en algunos lugares podían descender con la misma facilidad a la ciudad. El área, dividida en calles regulares, lindaba con el lado oriental de la muralla de la fortaleza y estaba dividida en dos partes por una carretera que va hacia el este hasta Boro-Khoto.

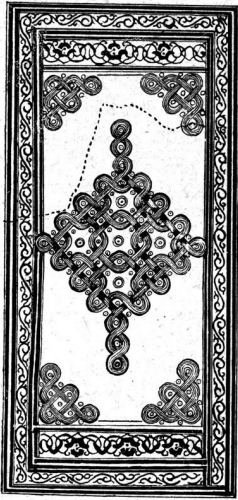
En tiempos remotos, Khara-Khoto probablemente fue bañada desde el sur y el norte por dos ramales de ríos, que luego se unían en el norte



CABEZA DE BUDA.
TÉCNICA: MÁSCARA
ESTAMPADA, LIGERAMENTE
RETOCADA CON CINCEL
DESPUÉS DEL ESTAMPADO

para formar un canal común, que a su vez desembocaba en una cuenca de marisma salada en el norte.

Durante los varios días que pasamos en las ruinas de Khara-Khoto, la expedición hizo acopio de todo tipo de objetos: libros, escritos, papeles, dinero metálico, joyas de mujer, algunos utensilios domésticos y enseres, objetos de culto budista, etcétera. En términos cuantitativos, recogimos material arqueológico que llenó diez cajas de dieciséis kilogramos cada una, preparadas para ser enviadas a la Sociedad Geográfica Rusa y a la Academia de las Ciencias.



ENCUADERNACIÓN. LA
DECORACIÓN INDICA
INFLUENCIAS MUY
DIVERSAS

Además, aprovechando la actitud amistosa hacia la expedición por parte de Torgut Beile, envié inmediatamente por correo mongol a Urga y después a San Petersburgo, en varios paquetes paralelos, la noticia del descubrimiento fáctico de Khara-Khoto, los hallazgos en ella, y adjunté muestras de escritura* y pintura de iconos para su pronto estudio y análisis. Nos interesaba mucho la cuestión de cuándo existió la «Ciudad Muerta» y quiénes fueron sus habitantes.

A la pregunta de quién vivió en Khara-Khoto, los habitantes actuales de la comarca, los torgut, solían responder «chinos», pero a nuestra objeción sobre la incompatibilidad de la población china con las muestras de culto budista halladas en las ruinas de la ciudad, no supieron responder, avergonzándose por la aparente contradicción. Lo único que los torgut afirmaron con vehemencia fue que sus antepasados habían encontrado Khara-Khoto en la misma forma que nosotros, es decir, una ciudad de tipo chino, con una alta muralla de tierra orientada según los países del mundo, situada en una terraza en forma de isla, antaño bañada a ambos lados por las aguas del Etsin Gol. El resto del agua era

* Fragmentos de obras budistas en chino, un recibo en escritura cursiva china, dos pequeños extractos de texto tibetano y once cuadernos de manuscritos de la carta Xi Xia. Entre ellos se encuentran: cuatro páginas de un sutra budista en chino (xilografía), cinco hojas de *gatha* (poemas) en chino, un recibo de una suma de dinero en plata (escritura cursiva china), extracto del sutra Hua Yen Jin (del filósofo indio Nagarjuna) y el prefacio de una traducción realizada durante la dinastía Zhou (951-960), compilada por el emperador cuyo nombre póstumo fue Taizu.

transportada por un canal en forma de trinchera que serpenteaba en dirección este, noreste y, finalmente, norte hacia el desierto, hasta la cuenca de arena salada conocida como Khodan Khoshu, situada en la línea de la depresión común con las actuales cuencas de Sogo Nor y Gashun Nor. El lugar de la cabecera del lecho seco del río muerto estaba marcado por el tramo de Botok Beerek.

La leyenda popular sobre Khara-Khoto o Khara Baishen, es decir, «Ciudad Negra» o «Ciudad Fortaleza», dice lo siguiente:

El último gobernante de la ciudad de Khara-Khoto, el *batyr** Khara Jian Jun (Khara Bator), apoyándose en su invencible ejército, mostró la intención de arrebatarse el trono al emperador de China, por lo que el Gobierno chino se vio obligado a enviar una importante fuerza militar contra él. Una serie de batallas entre las tropas imperiales y las tropas de Khara Jian Jun tuvieron lugar al este de Khara-Khoto, cerca de la frontera actual en el norte de Alashán, en las montañas Shartsa, donde estas últimas fueron derrotadas. Al tener ventaja, las tropas imperiales obligaron al enemigo a retroceder y, finalmente, a esconderse en su último bastión: Khara Baishen, donde fueron cercados. Se desconoce si el asedio de la fortaleza duró mucho tiempo; en cualquier caso, esta no fue tomada de inmediato. Ante la imposibilidad de tomar Khara-Khoto por asalto, las tropas imperiales decidieron privar de agua a la ciudad sitiada, para lo cual desviaron hacia el oeste el río Etsin Gol, que, como ya se ha dicho, en aquella época fluía a ambos lados de la ciudad. Esto se consiguió represando el antiguo cauce con sacos de arena. En la actualidad, el dique sigue allí en forma de muralla, en la que los *torgut* han encontrado recientemente restos de sacos.

Privados del agua del río, los sitiados empezaron a cavar un pozo en la esquina noroeste de la fortaleza, pero, aunque profundizaron unos doscientos metros, siguieron sin encontrar agua. Entonces el *batyr* Khara Jian Jun decidió combatir contra el enemigo la última batalla. En caso de derrota, utilizaría el pozo ya excavado para esconder en él todas sus riquezas, que, según la leyenda, eran al menos ochenta carros, de trescientos kilogramos en cada uno, cargados de plata y otros objetos de valor. Luego mató a sus dos esposas, así como a su hijo y a su hija, para que el enemigo no los violase. Hechos estos preparativos, el *batyr* ordenó

* «Héroe» en mongol.

abrir una brecha* en la muralla norte, cerca del lugar donde había escondido sus riquezas. A través de la brecha formada, se abalanzó sobre el enemigo a la cabeza de sus tropas. En esta batalla decisiva murieron el propio Khara Jian Jun y su, hasta entonces considerado, ejército «invencible». Las tropas imperiales, como de costumbre, destruyeron la ciudad capturada hasta los cimientos, pero no encontraron ninguna riqueza escondida. Dicen que los tesoros aún yacen allí, a pesar de que los chinos de las ciudades vecinas y los mongoles locales han intentado apoderarse de ellos en repetidas ocasiones. Atribuyen su fracaso en este empeño enteramente a una conspiración organizada por el propio Khara Jian Jun; los nativos creen en la validez de una conspiración, sobre todo después de que la última vez los buscadores de tesoros, en lugar de las riquezas, descubrieran dos grandes serpientes brillantes, con escamas rojas y verdes.

Independientemente de lo interesante del asunto, y todo tipo de observaciones, el tiempo corría muy deprisa. Finalmente, llegó el día de la supuesta partida; lamentamos desprendernos de «nuestra» Khara-Khoto, como la llamábamos ahora; tuvimos tiempo de acostumbrarnos a ella. Nos familiarizamos con sus secretos ocultos, que poco a poco se nos fueron revelando; extrañamente, se estableció una inexplicable conexión espiritual entre la antigua ciudad muerta y nosotros.

Después de algunas discusiones, decidí sugerir a Chernov que se quedara dos días más en Khara-Khoto, dejando a Madayev para que le ayudase. Yo mismo tenía que «apresurarme» a una cita importante con Torgut Beile.

En la víspera de nuestra partida de la ciudad, durante la merienda vespertina, pedí al lama de Baldyn que nos adivinara el futuro del día siguiente. El lama cogió inmediatamente una paletilla de cordero, la puso en el fuego y, después de haberla ahumado hasta que se agrietó, la agarró y la puso cuidadosamente a su lado; luego, cogiendo la paletilla con la mano izquierda, con la derecha comenzó a mover un tallo por las grietas y profetizó: «Mañana, el patrón tendrá dos alegrías: la primera, grande; la segunda, menor; la primera consistirá en un rico hallazgo en las excavaciones, y la última alegría se cumplirá camino del campamento principal, cuando el jefe cace una buena bestia». No puedo dejar de seña-

* La brecha es todavía visible hoy en día.

lar que ambas predicciones se cumplieron con exactitud. Napalkov y Arya Madayev encontraron en el «*suburgan A*» una rica colección de manuscritos y un maravilloso lienzo con la imagen de la «Aparición de Amitabha», y yo, en efecto, durante mi marcha hacia Toroi Ontse, cacé un excelente ejemplar de gacela persa con cuernos.

A nuestra llegada al vivaque principal, donde nuestros compañeros nos esperaban con gran impaciencia, nos apresuramos a equipar a dos cosacos con provisiones y agua potable para nuestros compañeros en Khara-Khoto, y nos ocupamos de los preparativos para la próxima y difícil travesía del desierto, hacia Alasha Yamen.

A primera hora de la mañana del 23 de marzo, llegó a nuestro vivaque un invitado de alto rango, Khagouchin Torgut Dashi Beile, es decir, el título completo de Torgut Beile. Era un hombre de sesenta años, alto, delgado y aún vigoroso, con una manera de comportarse puramente china; su cortesía rayaba en la autohumillación, siempre estaba disculpándose por la pobreza y escasez de sus posesiones, que justificaba debido a las repetidas revueltas mahometanas —es decir, de los dunganos—. Como si no se atreviera a contradecirme en nada, Beile trató de dar una respuesta favorable a todas mis preguntas y prometió, mientras fuera posible, facilitar a la expedición el seguimiento de una nueva ruta aún no explorada, a través de Khara-Khoto, el valle de Goitso y Dingyuaning hasta el río Amarillo.

Al final de la negociación, nos propusimos divertir a Beile con un gramófono, y luego le obsequiamos con un desayuno. Torgut Beile permaneció con nosotros bastante tiempo, mientras fumaba un puro tras otro, daba el aspecto de disfrutar de un placer extraordinario. Finalmente, hice una fotografía de nuestro invitado y le entregué mi tarjeta personal a modo de regalo. Al marcharse, Beile dejó claro que se sentiría muy honrado de que volviéramos a visitarle. De entre nuestros obsequios, dejó dos en nuestro vivaque, a saber, un reloj y una caja de música —con la petición de que enseñara a su subordinado a utilizarlos—.

Pasamos el día siguiente inmersos en distintas actividades: escribimos informes sobre lo que habíamos hecho, y fuimos especialmente meticulosos sobre Khara-Khoto; algunos manuscritos e imágenes se apilaron inmediatamente para ser enviados a San Petersburgo. El geólogo Chernov, que había regresado de la «ciudad muerta» el día anterior, y traía valiosas adiciones a los hallazgos, también hizo un informe especial sobre su trabajo. Un rumor en Toroi Ontse sobre una expedición europea, que supuestamente había partido de Urga en dirección a Gurbunsaikhan, nos obligó a tener especial cuidado con todos los informes enviados a la Sociedad Geográfica y a la Academia de las Ciencias.



RUINAS DE LA CIUDAD DE KHARA-KHOTO (VISTA DESDE EL NORTE); A LA IZQUIERDA, EN LA PARED, SE VE UN HUECO, A LA DERECHA, JUNTO A LA PARED, UNOS *SUBURGAN* EN RUINAS

En la mañana del 25 de marzo nos reunimos para visitar una vez más a Torgut Beile, cuyo cuartel general se encontraba no lejos de nuestro vivaque, entre el Morin Gol y el Ikhe Gol, pero separado de nosotros por los cuatro brazos de aguas altas del Ikhe Gol.

Entre estos ríos de aguas turbias y fangosas, se construían aquí y allá pozos cuya existencia estaba determinada por la inestabilidad de los canales de fácil movimiento.

El servicial anfitrión nos envió por adelantado caballos y un guía, porque sin un hombre experimentado habría sido extremadamente difícil recorrer el valle de Etsin Gol entre interminables lomas y toda clase de matorrales.

Después de haber pasado el ídolo de Baga Dashi Choilen, enclavado entre los brazos medios del Ikhe Gol, y de haber realizado con seguridad todas las travesías, excepto la última, en la que uno de nosotros se bañó en frío contra nuestra voluntad a causa de las aguas altas y el fondo pantanoso de barro, vimos por fin, a lo lejos, el cuartel general del príncipe. Nuestro guía Bata tuvo que bajarse del caballo e ir a pie a la vista del



CAMPAMENTO DE EXPEDICIÓN DENTRO DE LOS MUROS DE LAS RUINAS DE KHARA KHOTO

cuartel general de su señor, pero nosotros subimos a caballo hasta los establos y, dejando nuestras monturas al cuidado de los criados que habían llegado, nos dirigimos al jardín cercado con una valla, donde grandes yurtas se alzaban bellamente entre un bosquecillo de tamariscos. Cerca de una de las yurtas se agolpaba mucha gente; algunas mujeres elegantes se afanaban, yendo de una habitación a otra, echándonos miradas furtivas; allí estaba el príncipe en persona, con sus funcionarios, uniformado en su traje ceremonial. Nos recibió muy afectuosamente, aunque estaba

visiblemente ansioso: le temblaban las manos y se le quebraba la voz*. Una vez superada su vergüenza, nos agasajó con excelentes *pelmenis*† y té, acompañado con delicias puramente europeas: azúcar, galletas, mermelada, etcétera. Hacía tiempo que no comíamos tan deliciosamente, y todos estos platos nos parecieron los manjares más exquisitos.

Durante todo el tiempo que duró mi visita, la conversación fue más o menos insustancial; Beile trató de evitar el tema sobre Khara-Khoto, que era interesante para nosotros, y se limitó a decir que la gente subordinada a él era una masa inculta de salvajes esteparios que no sabían nada ni estudiaban ciencias, «no como vosotros los rusos». «Sin embargo», concluyó, «aunque no impido que nadie excave en una ciudad muerta, parece que hasta ahora todos los intentos de encontrar algún "tesoro" han sido infructuosos». En esta ocasión, por cierto, nuestro guía comentó que en su juventud había oído hablar a los ancianos de que se habían encontrado grandes cantidades de plata y oro en las ruinas de Khara-Khoto.

Durante nuestra estancia con Beile, lo visitó la esposa de Kobuksairi, con su *tsahirakchi* (funcionario mongol), que había acompañado a la princesa en una peregrinación al monasterio de Kumbum (en Lushan, China). El peregrino viajaba de regreso a Zungaria. Tras conocer por medio de su funcionario que yo conocía bien esta tierra, y que hablaba de ella con simpatía, la señora me obsequió con un *khadak* de bienvenida. Se lamentó de que la etiqueta no le permitiera entablar una relación más estrecha con un extranjero, y me deseó un feliz viaje y mucho éxito en mi empresa.

De conversaciones privadas con personas cercanas a Beile, me enteré accidentalmente de la pesada carga que recae sobre toda la población *torgut*, en la forma de impuestos que deben a todos los funcionarios chinos que pasan por allí. En una ocasión en que trataron de eludir este tributo, los *torgut* no dudaron en negar parcialmente los animales al mismísimo *dalái lama*, cuando este y su comitiva pasaban por su *khoshun*; pero esa vez fueron castigados.

* Las malas lenguas susurraban: «¡El príncipe fuma un poco de opio!».

† Plato tradicional de la cocina rusa compuesto de bolas de masa rellenas se asemejan a las empanadillas o ravioli italianos. (N. del E.)



MUESTRA DE PAPEL MONEDA DE LA DINASTÍA YUAN
(1260 - 1264). LA PARTE SUPERIOR DEL BILLETE
TIENE INSCRIPCIONES EN CHINO Y MONGOL

Los irritables funcionarios tibetanos se enfurecieron y, mediante amenazas, obligaron a los comerciantes a pagar el tributo, es decir, a ofrecer un determinado número de carretas, insultando de este modo al ayudante de Beile con palabras y acciones.

Torgut Beile recibió buenos regalos y anticipos por los animales alquilados para la expedición, y se sintió tan conmovido que me envió en agradecimiento dos excelentes caballos que, desgraciadamente, en vista de la próxima travesía del desierto, no pude aceptar. El príncipe se sintió avergonzado durante algún tiempo, pero después de preguntar por mi simpatía hacia la religión budista, me trajo personalmente un *burkhan* y un *khadak* al vivaque y me pidió que lo aceptara como recuerdo.

Mientras tanto, el calor iba llegando día a día. A la una de al medio día, la temperatura del agua en Munungin Gol alcanzaba los 9 °C. Una pareja de urracas cerca del vivaque había empezado a hacer un nido. Los cisnes seguían volando hacia el lejano norte en número esporádico y, de vez en cuando, bandadas de nueve a doce pájaros eran acompañadas por

grandes zarapitos. Junto al río mismo, aparecían cada vez más los primeros juncos verdes, aunque, en general, la vegetación brotaba del suelo de forma bastante temerosa: su desarrollo se veía obstaculizado en gran medida por las tormentas de poniente y levante o los fuertes vientos que soplaban casi a diario.

Debido a este estado de la atmósfera, era difícil esperar que en el desierto de Alashán, en cuyo umbral nos encontrábamos, apareciese pronto un calor agobiante, por lo que decidimos no avanzar precipitadamente hacia el sur, sino dedicar unos días más a estudios adicionales sobre la misteriosa ciudad de Khara-Khoto. En vista de estas consideraciones, el 28 de marzo envié de nuevo a tres de mis compañeros más jóvenes a la «ciudad muerta», dándoles plena libertad de acción en la excavación. Yo mismo, con Chernov y Napalkov, me quedé un día en Toroi una vez para terminar las cartas e informes a la Sociedad Geográfica y a la Academia de las Ciencias. El informe del geólogo Chernov, en vez de una pequeña nota, se convirtió en un trabajo detallado, que terminó durante toda la noche siguiente.

En la mañana del 29 de marzo partimos, manteniendo la dirección casi estrictamente hacia el sur. El tiempo era sombrío y gélido. Un obstinado viento del este bajaba la temperatura y enturbiaba el aire con nubes de polvo arenoso. Estos vientos del desierto, que soplaban principalmente desde la parte oriental u occidental del horizonte, empujaban cada vez más masas de arena hacia Khara-Khoto. La arena era arrastrada por las laderas arenosas sobre las murallas de la ciudad muerta y cada año aumentaba su espesor, ocultando unas u otras riquezas de la ciudad: restos grandes o pequeños de ruinas secundarias de edificios de templos, los *suburgan*, etcétera.

Pasados unos años, el futuro investigador de la antigua ciudad de Khara-Khoto encontrará aquí una imagen diferente, una disposición diferente de la capa de arena.

A mitad de camino de Khara-Khoto, observamos las ruinas de una fortaleza con un patio interior de cincuenta pasos de largo y sesenta de ancho. Aquí, según la leyenda, vivían los terratenientes que habitaban cerca de la antigua ciudad. Cuanto más nos acercábamos a Khara-Khoto, más nos hacía señas y nos llamaba nuestro tranquilo y somnoliento amigo. Aquí aparecieron las familiares puntas cónicas de los *suburgan*,

coronando la esquina noroeste de la fortaleza. Habiendo ascendido por la terraza, indiqué a la caravana la dirección de la puerta occidental de la ciudad, y yo mismo tomé un camino más directo hacia la brecha septentrional, tras el cual pronto me encontré en el vivaque de nuestros arqueólogos; ellos mismos estaban en el ángulo sudoriental de la fortaleza, donde una alta columna de polvo se elevaba por encima de las tres figuras que trabajaban diligentemente.

Arya Madayev me complació con nuevos hallazgos interesantes de objetos de metal duro, como una tabla ovalada, un estribo, nuevas monedas e incluso nuevos manuscritos. Después de instalarnos en el campamento y tomar el té, todos nos pusimos manos a la obra, y cada uno demostró una amplia iniciativa. Al atardecer, la energía empezó a flaquear notablemente: las fructíferas excavaciones anteriores nos habían malacostumbrado y ahora todos queríamos encontrar algo especial, algo aún no visto. La noche cayó rápidamente sobre la eternamente somnolienta y ancestral ciudad. El vivaque quedó pronto en silencio: todo el mundo se durmió. Yo, de algún modo, no dormí; deambulé durante un largo rato entre las ruinas y pensé en los secretos escondidos de los manuscritos extraídos, ¿qué podrían revelarnos los escritos desconocidos? ¿Sería posible desentrañar pronto quiénes fueron los antiguos habitantes de la ciudad abandonada? Me entristecí al pensar que dos días más tarde, a mediodía, estaba destinado a abandonar a mi querida amiga, la ciudad de Khara-Khoto. ¡Cuántos gozosos y arrebatadores minutos había vivido aquí! ¡Cuántos hermosos y nuevos pensamientos me había despertado mi silenciosa compañera! Sin quererlo, amplió el horizonte de mis conocimientos, me señaló una rama de la ciencia hasta entonces ajena a mí, a la que a partir de este momento debía dirigir toda la curiosidad de mi mente.

Al día siguiente, todos los miembros de la expedición se dirigieron de nuevo a diferentes rincones de la fortaleza. El joven cosaco Sodboev, tras explorar la muralla sur, dio con una habitación en la que se ocultaba una cúpula. La habitación estaba vacía, con una sola moneda sobre la ventana. Los cosacos de Transbaikalia excavaban diligentemente a cien pasos al noreste de las ruinas número uno y, tras abrir los restos del antiguo edificio, encontraron en él varios objetos: un *vachir* (campana sagrada budista), un rosario, una copa, una pesa, un martillo, etcétera. El grana-

dero Sanakoev trabajó cerca del «*suburgan A*», que probablemente estaba amueblado con anexos que contenían grandes ídolos de arcilla (*burkhan*). Aquí Sanakoev consiguió un pequeño *burkhan* de piedra, de tipo chino, ya mencionado anteriormente.

Mientras realizaba los últimos hallazgos, con la intención de abandonar pronto el campamento, los lamas mongoles, que participaron voluntariamente en el trabajo, me trajeron toda una colección de billetes chinos, similares en apariencia, pero diferentes en tamaño, con un sello rojo del gobierno*. Estos billetes se encontraron en un fardo común cerca de la «calle principal», fuera de las casas, bajo una capa de tierra seca de estiércol arenoso, de hasta quince centímetros de grosor. Después de añadir esta curiosa adquisición a los otros hallazgos, finalmente empaquetamos nuestras cajas llenas exclusivamente de tesoros arqueológicos de Khara-Khoto y retomamos nuestro camino.

* *Sobre los hallazgos de P. K. Kozlov en la ciudad de Khara-Khoto y Muestras de billetes de la dinastía Yuan en China.* Vladislav Kotvich. (1909). Según Kotvich, entre los objetos enviados por Piotr Kozlov había ocho títulos de crédito estatales (*bao chao*) de la dinastía Yuan (mongola), que reinó en China de 1280 a 1368. El hecho del uso generalizado de los billetes bajo esta dinastía era bien conocido, gracias a los relatos de Marco Polo (Libro II, cap. XXIV), y las investigaciones de los comentaristas de este viajero (Vule, Pauthier, Palladius y algunos otros eruditos como Bushell, o el japonés Shioda Saburo), que extrajeron mucha información interesante de fuentes chinas. Sin embargo, estos eruditos fueron incapaces de encontrar una sola copia de los asentamientos Yuan, y sólo Bushell había oído que se encontraban en la colección de un chino en Shandong. Así pues, el hallazgo de Kozlov es de gran valor. En la conclusión de su artículo, Kotvich afirma: «Los billetes descritos anteriormente, además de su importancia principal como primeras muestras de billetes no canjeables, con los que los mongoles inundaron los países bajo su control, y sobre todo China, son importantes en otro aspecto: el hallazgo en Khara-Khoto da razones para suponer que esta ciudad se encontraba habitada todavía en el período entre 1287 y 1368».